

TEMA 12

TERCER MANDAMIENTO : SANTIFICARÁS LAS FIESTAS

LECTURA DE LA PALABRA DE DIOS

Breve comentario y 2 minutos de silencio

Texto : (Juan,6 51-58) Comentario libre por el catequista relacionando la institución del sacramento de la Eucaristía por el mismo Jesús, en este pasaje evangélico, con la celebración de la misa cada domingo.

ENTRANDO EN EL TEMA

El tercer mandamiento de la ley de Dios nos manda *santificar las fiestas*; o sea descansar en ellas de nuestro trabajo *para poder dedicar a Dios y a la familia* el tiempo necesario. Ya en los tiempos antiguos, Dios había mandado a los Israelitas dejar de trabajar un día a la semana, **el día del sábado**, para que pudieran descansar y dar culto a Dios. Así, por ejemplo, en el libro del Éxodo leemos : "Recuerda el día del sábado para santificarlo. Seis días trabajarás y harás todos tus trabajos, pero el día séptimo es día de descanso para el Señor, tu Dios. No harás ningún trabajo" (Ex.20,8-10). Y "El día séptimo será día de descanso completo, consagrado al Señor" (Ex.31,15).

La razón de haber elegido Dios el sábado como día dedicado al culto, es que – según una leyenda de los Israelitas - ,Dios había terminado de crear el mundo el viernes, y había descansado de su trabajo durante todo el sábado. Sin embargo, *después de la resurrección de Jesucristo*, debido a que éste resucitó en domingo y se apareció luego a sus seguidores en ese día, los Apóstoles cambiaron el sábado por el domingo, día del Señor.

Pero no solamente cambió el día en que había que dar culto a Dios, sino que también cambiaron para los cristianos las celebraciones religiosas que tenemos que realizar. La causa de este segundo cambio es que , con el **sacrificio de Jesucristo** en la cruz, la **Antigua alianza** entre Dios y su Pueblo había quedado sustituida por una **Nueva Alianza** en la sangre de su Hijo Jesucristo. Recordemos que ya en la última cena celebrada por Jesús con sus Apóstoles, el día antes de ser clavado en la cruz, Jesucristo les había ordenado celebrar con frecuencia el sacrificio de la Eucaristía, o sea la Santa Misa, que no es otra cosa que la actualización del sacrificio de Cristo en la cruz y del misterio de su resurrección. Por eso la Iglesia invita a los cristianos a participar en la celebración de la Eucaristía (Santa Misa), todos los domingos del año y en algunas fiestas principales, como el día de Navidad, el de Corpus, Pentecostés, etc.

Creo de capital importancia insistir sobre este tema de la Celebración Eucarística (Santa Misa) por cuanto ella es el centro de la vida cristiana, de tal manera que el cristiano que no se acerca todos los domingos a tal celebración, pierde su identidad como tal. Su vida espiritual languidece (deja de nutrirse con el Pan de Vida, que es Jesús mismo) y fácilmente puede perder su fe y caer en el pecado sin deseo de arrepentimiento, lo que le lleva a un gravísimo riesgo de dar la espalda a Dios y a los hermanos, con todas las consecuencias que de ello derivan. Y como "No se puede servir a dos señores" (Mt. 6,24), fácilmente seguirá las sugerencias del mundo que son el reverso del Evangelio. Como una planta carente de sol y de agua languidece y muere, así un cristiano que abandona la celebración dominical de la Misa pierde el horizonte de luz, se aparta del Norte que le lleva a la vida y muere irremisiblemente.

Repito que es tan importante la plena incorporación de esas verdades en la conciencia de un cristiano que no me duele repetir, copiando, lo que escribí sobre el tema en el primer Volumen en las páginas 30,31 y 32 que **voy a transcribir literalmente** :

3 – EUCARISTIA

Es el sacramento que corona la iniciación cristiana. Dificilmente hallaremos una definición más perfecta de este sacramento que la que nos ofrece el Concilio Vaticano II.

(SC.47) "Nuestro Salvador en la última cena, la noche en que fue entregado, estableció el sacrificio eucarístico de su Cuerpo y de su Sangre, con el cual se perpetúa, por todos los siglos venideros, el sacrificio de la cruz, hasta el día de su retorno, dejando así, a su amada esposa la Iglesia, el memorial de su muerte y de su resurrección. Sacramento de piedad, signo de unidad y de caridad, convite Pascual, en el cual se recibe a Cristo, el alma se llena de gracia y nos es concedida la prenda segura de la gloria futura". (Explicar detenidamente estos conceptos para hacerlos bien inteligibles, y sobre todo dando a conocer el misterio de su dulce sencillez a la vez que su ininteligible magnificencia desde un amor que el hombre no tiene capacidad para imaginar).

Todavía que la Eucaristía es a la vez fuente y cumbre de la vida cristiana (fuente de la que mana la plenitud de la vida de Jesucristo y cumbre hacia donde se dirige todo anhelo y aspiración del alma cristiana), creo es de capital importancia pararnos a reflexionar y a dialogar entre todos para darnos cuenta que este camino catecumenal de catequesis que estamos recorriendo debe necesariamente llevarnos a todos a participar cada domingo en este banquete nupcial que no es otro que la unión y Comunión con el Cuerpo y Sangre de Nuestro Señor Jesucristo.

Ya que este gran sacramento es la manifestación del amor de Dios llevado a término hasta unos límites de misteriosa infinitud que superan nuestra capacidad de comprensión, se impone nuestro agradecimiento y nuestra profunda adoración a tal gratuidad de amor, aceptando de recibir con agradecimiento este don maravilloso que consuma nuestra total unión con Jesús. Unión que ahora se establece por la fe y que al momento de nuestro traspaso (muerte) lo será por la visión. Conviene que tengamos muy claro que no existen dos vidas – la de aquí y la de allá – sino una sola, pero vivida en dos dimensiones: la temporal, la que vivimos aquí y ahora y la eterna, después de la frontera de la muerte que, establece sus límites y diferencias esenciales.

A partir de la última cena en la cual Jesús instituyó este sacramento – el primer jueves santo de la historia – **todos los cristianos de todos los siglos, hasta el día de hoy, y en todos los confines de la tierra, celebran cada día la Santa Misa que es el memorial (actualizado) de la pasión, muerte y resurrección del Señor.** Conviene tener muy claro, como ya antes se ha expresado, que

el sacrificio eucarístico es el punto neurálgico, el eje, del cristianismo. No hay cristiano sin Eucaristía. Porqué la Eucaristía que es el gran signo del amor de Dios, es para nosotros la fuerza del compromiso de amor, de perdón y de fraternidad hacia todos los hombres. Todos : los que apreciamos y los que no nos caen bien. Los que son limpios y honestos y los mas detestables por su conducta mala e insolidaria. Nuestros grandes amigos y los que vemos y sentimos como enemigos, porque nos repudian, nos odian... Todos. Porqué son hijos de un mismo Padre y por tanto hermanos nuestros. Porqué, al igual que nosotros han sido personalmente escogidos por Dios para hacerles partícipes de su felicidad. Este amor por nuestros enemigos, proclamado por Jesús tantas veces en su Evangelio, debe llevarnos, ante todo, a no juzgarlos. ¿Es que podemos echar la primera piedra ? ¿Nos consideramos acaso nosotros los únicos inocentes? ¿Es que ignoramos que los caminos de salvación de Dios pueden convertir los corazones mas duros el día menos pensado ? Esa fuerza para el amor y el perdón está en la Eucaristía. No es posible el verdadero amor fuera de la comunión con el Amor que es Jesús.

Que Dios, el Creador, el Omnipotente, se haya querido hacer hombre como nosotros, en su Verbo, Jesús, para salvarnos y que después de morir de muerte tan cruel y resucitar glorioso nos haya dejado como prenda de su presencia perpetua entre nosotros su mismo cuerpo y su misma sangre para que los comamos y bebamos bajo los signos visibles de pan y vino, eso repugna al orgullo humano que no acepta un Dios tan bueno, tierno y humilde. Ya el Evangelista Juan, después de describir, en unas exelsas páginas, el sermón llamado “Jesús, pan de vida” con el que hoy hemos orado antes de empezar esta sesión, nos dice que muchos de sus discípulos después de oírlo decían : “Es duro ese lenguaje. ¿quién es capaz de aceptarlo?” (Juan 6,60).

Es necesaria una gracia especial del Espíritu, mucha fe, mucha humildad y el acogimiento del don con sencillez de espíritu para creer y reverenciar tan grande misterio de amor. A partir de ahí debemos ser fieles y constantes en la recepción de este sacramento de vida. Es por ello que cada domingo, los cristianos del mundo entero acudimos a la celebración de la santa Misa con inmenso gozo y espíritu de fiesta y alegría. Ya se que me repito mucho. Lo hago adrede para fijar esta gozosa realidad.

De la misma manera que nuestra vida material necesita del alimento para sostenerse y desenvolverse, así la vida de nuestro espíritu se vigoriza comiendo el pan de vida que es el Cuerpo y la Sangre de nuestro Señor Jesucristo. **“Quien come mi carne y bebe mi sangre tiene vida eterna y yo le resucitaré el último día”** (Juan 6,54)

La recepción de la Eucaristía debe ser para nosotros motivo de agradecimiento profundo de gozo y de felicidad plena. De hecho al recibir a Jesús en la Eucaristía es ya entrar en el cielo. Porqué ¿Qué tendremos de más allá ?, La diferencia solo está en que ahora nos unimos realmente a El por la fe; en el cielo lo será por la visión. Pero, entendámoslo bien, la posesión, la unión y el abrazo íntimo y misterioso con el Señor Jesús serán sustancialmente los mismos. Así lo entendieron los santos de todos los tiempos. Así lo entiende la Iglesia universal. Así lo entienden los millones de fieles que, cada domingo, en todo el mundo, asisten a la celebración Eucarística (Misa) en todos los templos del mundo, entero.

La vida cristiana gira entorno de este gran misterio. Es por ello que todo esfuerzo para asumirlo, estudiarlo, reverenciarlo y abrazarlo siempre será poco. Ciertamente seríamos cristianos absolutamente incoherentes si no pusiéramos el sacramento de la Eucaristía como eje central de nuestra vida.

JAMÁS SEREMOS LO QUE DIOS QUIERE QUE SEAMOS MIENTRAS NO NOS ACERQUEMOS, COMO MÍNIMO, TODOS LOS DOMINGOS (DÍA DEDICADO AL SEÑOR), A COMULGAR EL CUERPO Y LA SANGRE DE JESÚS, NUESTRO HERMANO, NUESTRO GRAN AMIGO, NUESTRO ESPOSO, NUESTRO ÚNICO SALVADOR Y REDENTOR. EL QUE SENTIDO A NUESTRO VIVIR. NUESTRA ÚNICA Y ETERNA FELICIDAD...

Cabe preguntarse desde una honesta sinceridad : ¿Qué razón justificaria la resistencia a recibir tal sacramento fruto del amor de Dios, cuando con tanta insistencia Jesús nos pide que nos acerquemos a él ? Regalo maspreciado no existe en el cosmos entero. Cuan insensato quien lo rechazara ! Se nos ofrece el cielo mismo y vamos tras futilidades que se deshojan como flor de un día. Pobre corazón humano de horizontes estrechos..!! Pidamos al Espíritu Santo luz y discernimiento para comprender la grandiosidad de tan grande y gratuita oferta.

CREO, SEÑOR, PERO AUMENTA MI FE...! (Marcos 9,24)

LEER : Juan 6,1.15 y 22-59

▼ Conviene resaltar que este es un “sacramento de vivos” y que, consecuentemente, hay que acercarse a él con la debida disposición de estado de gracia. Por tanto, en el caso de que tengamos conciencia de pecado grave, acerquémonos antes al sacramento de la Reconciliación (confesión), para purificar nuestro espíritu antes de que en él penetre nuestro Jesús, Dios, Santo de los Santos.



LA CELEBRACIÓN EUCARÍSTICA (O LA SANTA MISA)

► "La Iglesia, siguiendo una tradición apostólica que tiene su origen el mismo día de la Resurrección de Cristo, celebra el misterio Pascual cada ocho días : el día nombrado con razón día del Señor o domingo" (SC. 106). A esta celebración la llamamos Misa o Eucaristía (palabra que procede del griego y que significa acción de gracias)

Es el **MEMORIAL DEL SEÑOR**, no como un recuerdo nostálgico del pasado de un hecho glorioso acaecido hace 2.000 años, sino como vivencia actualizada hoy mismo de la pasión, muerte y resurrección de Jesús. La muerte "incruenta" de Jesucristo en la cruz se repite real y misteriosamente en cada Eucaristía, en vista a nuestra santificación. Jesús muere y resucita en el corazón de todo cristiano que se acerca al sacramento eucarístico y así, unido íntimamente a su Señor y Salvador, queda purificado de sus culpas y debilidades, recibe el don de su Espíritu, aumenta su fe y recibe la fuerza para luchar contra el mal que le acecha, a él mismo y al mundo que le envuelve. Podríamos resumirlo diciendo que el Evangelio va tomando vida y haciéndose realidad en él. El "hombre nuevo" renace y la identificación plena con Jesucristo se hace realidad. Si la respuesta del cristiano a este gran don es leal y sincera, éste va acercándose a aquel hito tan bien definido por San Pablo : *"No vivo yo, sino que es Cristo que vive en mí"* (Gálatas 2,20).

"Nuestro Salvador, en la última cena, la noche en que fué entregado, estableció el sacrificio eucarístico de su Cuerpo y Sangre, con el cual debía perpetuar por todos los siglos el sacrificio de la cruz, hasta su retorno, dejando así a su amada esposa la Iglesia, un memorial de su resurrección; sacramento de piedad, signo de unidad, lazo de caridad, convite pascual, en el cual se recibe a Cristo, el alma se llena de gracia, y nos es dada prenda de la gloria futura" (SC nº 47).

La lectura del Evangelio que hemos hecho al comienzo de la sesión nos sitúa al origen de donde nace la **TRADICIÓN APOSTÓLICA** de que ya hemos hablado antes. La oferta gratuita de Jesús de entregarse generosamente de forma tan íntima y personal, culmina el proceso de toda su vida de donación amorosa a nosotros hasta extremos inauditos, desde su Encarnación en el seno de la Virgen María, su predicación, su terrible muerte en una cruz, su Resurrección, su Ascensión a los cielos (retorno al Padre) y el advenimiento del Espíritu Santo el día de Pentecostés. Debemos añadir también las constantes muestras de amor que constantemente derrama sobre cada uno de nosotros, y la gracia que nos ofrece cada día, a través de mil oportunidades, que nos invitan a ofrecer a nuestros hermanos una solidaridad y un amor gratuito sin límites.

Este acto de amor de Jesús, repito, tiene su inicio en la cena Pascual y se perpetúa cada día y en todo el mundo en la celebración de la Eucaristía (Misa).

La Santa Misa, pues, es fuente y cima de toda la vida cristiana. Fuente por cuanto del costado de Cristo muerto en la cruz brotó el maravilloso sacramento de la Iglesia. Cima porque la vida del cristiano confluye toda ella en este maravilloso misterio de amor ; es su fundamental eje sobre el que gira su vida desde su esencial grandeza y pobreza a la vez. Sin Eucaristía no existiría la Iglesia. Toda la liturgia gira entorno de la Eucaristía, la envuelve cual estuche precioso a un diamante único en belleza.

La Eucaristía consta esencialmente de dos partes fundamentales y complementarias :

LA PALABRA Y LA COMUNIÓN.

LA PALABRA – Constituye la primera parte de la celebración. Normalmente es leído un fragmento del Antiguo Testamento y a continuación un Salmo. Sigue una lectura del Nuevo Testamento (epístolas de S.Pablo, cartas de los apóstoles, Hechos de los Apóstoles etc) y a continuación es leído el Evangelio por el celebrante (sacerdote) que preside la celebración. Todas las lecturas tienen relación entre ellas y están estructuradas de manera que cada tres años prácticamente es leída toda la Biblia y por tanto puede adquirirse de ella un conocimiento globalizado y en perspectiva que permite su comprensión y facilita sobre todo la asimilación práctica en nuestras vidas.

LA COMUNIÓN – Es la segunda parte de la Misa. Después de la consagración del pan y del vino que han sido presentados antes al celebrante y que por la imposición de sus manos - previamente ungidas por el Obispo en el sacramento del Orden - sobre ellos, quedan convertidos en el Cuerpo y Sangre de Nuestro Señor Jesucristo que serán partidos y dados en comida y bebida a los fieles. Este es el gran misterio del amor de Dios al que somos invitados a compartir, junto con los hermanos en la fe, todos los domingos.

Aunque no es momento hoy de entrar en detalles, si que conviene hacer costar que las dos partes principales de la celebración eucarística están envueltas y enriquecidas por multitud de signos y plegarias que ofrecen un esplendoroso relieve a la centralidad del Misterio. Ello constituye la riqueza de la liturgia que la Iglesia fué tejiendo, cual bordado finísimo y excelso, durante sus veinte siglos de existencia.

LA ASISTENCIA A LA CELEBRACIÓN DOMINICAL DE LA SANTA MISA DEBE CONSTITUIR UNA VITAL Y ALEGRE NECESIDAD PARA TODO CRISTIANO.

